

UN SIGLO DE ESCUELA EN ARAGÓN

Víctor M. JUAN BORROY, *La tarea de Penélope. Cien años de escuela pública en Aragón*, Zaragoza, Ibercaja *et al.* («Biblioteca Aragonesa de Cultura», 24), 2004, 206 páginas.

Francisco CARRASQUER LAUNED
Profesor emérito de la Universidad de Leiden

Los que creemos que el ser humano, ya sea como individuo o como sociedad, no puede enriquecerse mentalmente ni salvarse éticamente más que a través de la educación hemos de aplaudir y recomendar con todo entusiasmo la lectura de libros como este del joven profesor oscense Víctor M. Juan Borroy, porque nos habla precisamente de ese medio fundamental para la formación que es la escuela primaria, y de su desarrollo en nuestra tierra a lo largo del recién pasado siglo XX. Y cuando Víctor Juan habla aquí de escuela se refiere a la escuela pública, aquella a la que todo el mundo tiene derecho y que todo el mundo tiene el deber de intentar mejorar, independientemente de los colegios —religiosos o no—, como el único deber sagrado que impondría un código democrático, si la democracia admitiese lo sagrado. Por eso es la escuela pública obligatoria; aunque solo sea por ese principio regulador de la vida social que reza «sé libre sin dejar de hacer libres a los demás». Lo que implica que la libertad, para serlo de verdad, ha de combinarse con la responsabilidad.

Ya el título nos dice que, en tiempo, abarca un siglo, y en espacio, todo Aragón. Y por tratarse de una región, el autor ha tenido en cuenta el todo del que forma parte administrativa y políticamente, o sea, la nación española, que por algo llamamos a nuestras escuelas y a nuestros maestros *nacionales*. Ni Aragón ni ninguna otra región española pueden prescindir de los condicionamientos que impone el hecho de ser parte de un todo no solo homogéneo, sino también homogeneizador. Lo que no quiere decir que, Administración aparte, no pueda existir cierta libertad para el maestro, siempre que no menoscabe la del alumno. Mas siempre dentro de un orden, porque sin orden no puede administrarse ni organizarse nada. Y sin

organización no se puede vivir y menos convivir. ¡*La Organización* llaman los sindicalistas libertarios de la CNT a su sindical!

Y por si algún a algún lector le resulta difícil entender el título metafórico de este libro, el mismo autor nos lo explica en estos términos:

El título del libro es una invitación a entender la historia de la escuela pública como un espacio que se construye y se destruye, que se conquista y se pierde, durante el siglo xx. El mito cuenta que Penélope estaba condenada a tejer y destejer, a deshacer cada noche todo lo que había hecho durante el día. Estaba instalada en los contrarios, en los puntos extremos de un movimiento pendular, en un continuo ir y volver. La historia de la escuela en el siglo xx es, en gran parte, una crónica de lo que pudo ser, de lo que quisimos que fuera, de lo que unos hicieron —siempre con un esfuerzo enorme— y otros deshicieron rápidamente. Piénsese en las tres décadas de modernización que culminan en la ilusión que despertó la II República. Después, con la guerra civil, se extendió el horror, la destrucción y la muerte... El franquismo fue la «longa noite de pedra», un tiempo de sometimiento, de olvido y de un terrible y humillante silencio... Finalmente, durante la Transición, se suceden los intentos por recuperar el patrimonio pedagógico y por hacer de las escuelas lugares democráticos y participativos.

Además, la narración homérica sostiene que Penélope, tras la larga espera, no reconoció a Ulises cuando este pudo, al fin, volver a Ítaca. Parece que tejer y destejer no es un ejercicio gratuito. En el caso de la escuela, ese hacer y deshacer es el origen de las ocasiones perdidas, del perdido entusiasmo, de las instituciones y las personas silenciadas.

En nuestra historia relativamente reciente, poco antes de la guerra civil, y sobre todo durante la II República, se hicieron cosas que Europa está apenas vislumbrando todavía. Cuando les decía a mis alumnos de español de la Universidad holandesa de Leiden que en España habíamos practicado en la escuela los más avanzados principios y sistemas educativos —como el método de los «centros de interés» del gran pedagogo belga Decroly, el de la italiana Montessori, del alemán Fröbel y el del francés Freinet, con su revolucionario invento de la imprenta en la escuela—, más toda una pedagogía basada en las enseñanzas de los más grandes maestros —desde Pestolazzi hasta Claparède y Piaget, por quedarnos solo en Suiza, de donde es también el «bautista» de la educación, Jean Jacques Rousseau—, así como otros fundamentos filosóficos aportados por Dewey, Husserl, etcétera, ellos se quedaban con la boca abierta porque, con la mala fama que nos ha dado la «leyenda negra», los extranjeros no han tenido, en general, ni la más mínima idea de nuestro nivel cultural y, sobre todo, de lo que España había ganado con la II República, que, de hecho, fue algo inmenso.

Pero todo lo que hemos mencionado de la metodología y de las técnicas es lo de menos. Lo verdaderamente importante no era la teoría —a la que, por otra parte, España ha contribuido bien poco—, sino la práctica y el espíritu que animaba a

aquel plantel de maestros de escuela que se había formado a finales de los años veinte y principios de los treinta y que estaba dando su espléndida cosecha en el quinquenio republicano. No creo que haya habido en todo el mundo un grupo —más bien una red— de maestros nacionales tan bien dotados y tan entera y abnegadamente entregados a su labor como los que entonces giraban en torno a la revista *El Magisterio Español* y secundaban a la inspiradora pareja que formaban el director de esta revista, Herminio Almendros, y su esposa, número uno del concurso de inspectores de la enseñanza. Entre las personas mejor preparadas y más próximas al matrimonio Almendros cabe mencionar a la inspectora navarra Pepita Uriz, pero por otra parte recuerdo las magistrales lecciones de lectura global que impartía el maestro Patricio Redondo (en sus artículos firmaba *Paco Ítir*), y como azacanados pedagogos a jóvenes maestros: los oscenses Ernesto Viñuales, Francisco Ponzán y mi hermano José, o también los ilerdenses Ramón Costa Jou y Teresa Piera, y tantos y tantos de otras provincias y regiones a quienes no pude conocer, naturalmente, pero me consta que ejercían con gran ciencia y buena voluntad su magisterio y dieron sobrados motivos para esperar que, gracias a ellos, nuestro país pudiera convertirse un día en una nueva Hélade moderna. Pero esta fue solo una más de las muchas frustraciones que nos infligió la victoria de Franco, porque —como adviniendo el peligro que corría la «España negra» con aquella generación de educadores sabios y libres— la profesión de maestro de escuela fue la que alcanzó el triste récord de haber contado, proporcionalmente, con más ejecutados, torturados y proscritos por el franquismo que ninguna otra. Esta cifra nos lo dice todo: ¡16 000 maestros republicanos fusilados!

En resumen, este libro no solo nos da completa información de la accidentada marcha de la escuela aragonesa en el pasado siglo, sino que nos anticipa además su posible futuro (páginas 179-183). Por lo demás, contiene una bibliografía exhaustiva de cinco páginas y un índice onomástico de otras tantas, sin olvidar el curioso álbum fotográfico que tan graciosamente cierra la obra, la cual merece ser leída muy particularmente por los aragoneses, pero también por todos los docentes españoles, y sería de desear que no faltara en la biblioteca de ninguna escuela normal de España.